

brepujaba las aspiraciones de la Europa; por esto los Estados republicanos fundados por medio de la fuerza no podían sostenerse más que por la fuerza. La monarquía de la Francia estaba en el curso necesario de las cosas.

Tal fué también el destino de las repúblicas fundadas por Bonaparte en Italia. El tratado del año 1798 entre la república francesa y la república cisalpina sometió la república italiana á la soberanía de la Francia. Estipulaba que un ejército francés estaría á sueldo de la Italia proclamada libre é independiente. Además, las guarniciones de Mantua, de Pesquera y de Ferrara debían componerse por mitad á lo ménos de tropas francesas (1). ¿Se debe imputar á crimen de la Francia republicana la dependencia que impuso á una república que había creado? Decimos que impuso el tratado de 1798 á los Cisalpinos. El término no es lo bastante enérgico. Se presentó á la legislatura italiana. El consejo de los Jóvenes no lo adoptó sino por una débil mayoría y después de una discusión muy viva; el consejo de los Ancianos lo rechazó casi á la unanimidad. Si realmente la república cisalpina hubiese sido soberana, hubieran debido volver á empezar las negociaciones. El Directorio no lo comprendió así; vió una rebelión en un acto de resistencia muy legítima, y lo atribuyó á las maniobras de los enemigos de la Italia y de la Francia. Por consiguiente, el Directorio decidió que la Francia volvería á entrar en el derecho de conquista del que había querido separarse en favor de los Cisalpinos; decretó una contribución de guerra para el sostenimiento de las tropas francesas, y ordenó que veintiún ciudadanos, nombrados por el general Bonaparte miembros del consejo de los Ancianos de la república cisalpina, serían destituidos y arrestados. Á seguida de este golpe de Estado, el tratado de 1798 fué sancionado por los Italianos (2).

Este es ciertamente un acto de violencia revolucionaria; pero ¿quién es el verdadero culpable? Si la resistencia de los Cisalpinos no era una rebelión, era peor que eso, era un acto de locura. La república cisalpina debía su existencia á una fuerza extranjera; no era con sus esfuerzos con los que los Italianos habían sacudido el yugo del Austria;

(1) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. V, p. 116.
(2) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. V, p. 119.

debían la libertad á las victorias del general Bonaparte, y no hubieran podido mantener su independencia durante veinticuatro horas sin ese poderoso apoyo. Aun con la protección del Directorio, la república cisalpina desapareció en la guerra de 1799 como un castillo de naipes al sople de un niño. ¿Qué hubiera sido de ella, si el vencedor del Egipto no hubiese dejado el teatro de sus conquistas para arrojar una vez más á los Austriacos de la Italia! Nuestra conclusión es siempre la misma: la dominación de la Francia era una necesidad para las repúblicas filiales. La política era forzosamente revolucionaria hasta la paz.

Á pesar de esas necesidades, la conducta del Directorio en la Suiza parecía odiosa, y uno se ve tentado á maldecirla como un crimen. La Suiza no debía su libertad á las armas francesas; la había conquistado hacía siglos y había probado que sabía defenderla. ¿Por qué, pues, el Directorio no dejó tranquilos á los cantones suizos? ¿Por qué alimentó en ellos el descontento? ¿Por qué los excitó á las revoluciones? ¿Por qué intervino con la fuerza armada en los debates interiores de un país amigo, imponiendo á los Suizos una constitución unitaria, la cual no querían un gran número de entre ellos? Colocados bajo el punto de vista del derecho, hay que condenar, que censurar esas intrigas y esas violencias, hay que aplaudir la heroica resistencia que los pequeños cantones democráticos opusieron á la omnipotente república que había vencido á la Europa. Pero antes de pronunciar un fallo condenatorio, importa restablecer los hechos que han alterado singularmente los historiadores, idealizando á los Suizos para reprobar tanto más á los Franceses. Un escritor, Alemán de nacimiento y Suizo por naturalización, ha escrito la historia de su patria adoptiva con mucha parcialidad. Zschokke hace justicia al heroísmo de los montañeses que se atrevieron á hacer frente á la gran nación; pero nos revela también el reverso de la medalla: reconoce que los pequeños cantones se aletargaban hacia siglos en una vergonzosa ignorancia y en estúpidas supersticiones (1). El pueblo era soberano, y ejercía directamente esta soberanía en las asambleas en donde todo Suizo está llamado á votar. Esto era, en apariencia, el ideal de

(1) ZSCHOKKE, *Der Aufruhr von Stans* (Ausgewählte historische Schriften, t. II, p. 13).

la república, tal como Rousseau lo había soñado. Pero ¿qué es la libertad política en donde no hay libertad intelectual? Una mentira y un engaño. En donde reinan la ignorancia y la superstición, puede asegurarse que hay hombres interesados en cultivar esas plantas venenosas: esos hombres, ¿hay necesidad de nombrarlos? Es el clero católico, al frente de él los frailes.

Tal era la influencia de los clérigos y de los religiosos en los cantones católicos que se les podría llamar repúblicas teocráticas. La voz de los curas era escuchada en el seno de las asambleas populares como si fueran realmente lo que pretendían ser, los órganos de Dios. Ante esos hombres que hablaban en nombre del cielo, el pueblo se descubría y seguía ciegamente su parecer, mejor dicho, obedecía sus órdenes. ¿Merecían esta autoridad singular por la santidad de su vida y por la prudencia de sus consejos? El historiador que nos sirve de guía dice que los curas que se pusieron al frente del partido antifrances en Suiza eran hipócritas intrigantes y corrompidos, llevando el orgullo clerical hasta la insolencia y explotando la credulidad de los montañeses en provecho de su ambición y de su codicia. Hablaban siempre de libertad; pero en Suiza, como en todas partes, la libertad en boca de los ungidos del Señor significa dominación clerical (1). El retrato no es lisonjero, pero el lector puede ver los originales en todas partes, y asegurarse por sus propios ojos que el cuadro está copiado del natural.

¿Qué importa? dirán los defensores del pasado. Si la teocracia convenía á los Suizos, cosa suya era. Nada más cierto. Por ignorantes, por supersticiosos que fuesen los curas católicos, si los montañeses se encontraban dichosos con ese régimen, ciertamente el Directorio no tenía nada que ver en ello. Pero esos hombres tan apasionados por la libertad suiza eran al mismo tiempo los enemigos naturales de la libertad francesa. Se convendrá en destruir la dominación de un clero que le había jurado un odio á muerte y que, sublevando la Suiza católica contra él, podía comprometer la seguridad de la Francia. Hay que oír á esos amigos tan ca-

(1) ZSCHOKKE, *Geschichte vom Kampf und Untergang der schweizerischen Berg und Waldkantone* (Ausgewählte historische Schriften, t. III, p. 95).—Id., *der Aufruhr von Stans* (t. II, p. 30 y 104).

lurosos de la libertad declamando contra las ideas del 89. "¿De dónde viene, dicen, la revolución que se quiere implantar en nuestras montañas? De París, y París es la Babilonia, la gran prostituta del Apocalipsis. ¿Quiénes son los autores de la Revolución? Son los jansenistas, los deistas, los naturalistas, los filósofos, los libertinos, los francmasones, los jacobinos y otras castas de la misma harina. Estrellas errantes destinadas á las tinieblas eternas; bandidos que marchan por el camino de Cain el fratricida. ¿Qué quieren? La constitución con que pretenden gratificarnos proclama que la libertad del hombre es inalienable. Esto quiere decir que nadie puede ligarse con ningún voto; ¡luego el marido podrá abandonar á su mujer ó cambiarla, el fraile podrá desertar su convento y casarse! La constitución decreta además la libertad ilimitada de conciencia. Si este principio es verdadero, es preciso decir que todas las leyes de Dios y de la Iglesia que han encadenado esta libertad son falsas; ¿á qué conducirá esto, sino á la incredulidad universal? En fin, para poner el sello á estas abominaciones, la constitución declara que los cultos son libres. Esto significa que la infame religión de Mahoma vale tanto como la divina religión del Cristo; ¿no es esto crucificar una segunda vez al Hijo de Dios? ¿No es perder las almas colocar en la misma línea la religión que conduce al infierno y la religión que conduce al cielo?" (1).

¿Era la ruina del cristianismo lo que efectivamente temían esos santos personajes? Zschokke responde que temían mucho más por sus rentas que por la religión. El interés personal envenenaba el odio hacia los principios de la Revolución francesa (2). Fué por la libertad, tal como la entendía el clero, por lo que los montañeses derramaron su sangre. Se vió renovar en Suiza el odioso espectáculo que había presentado la revolución brabantona; capuchinos á caballo, armados de un crucifijo y de una pistola, excitaban á los bravos habitantes de las montañas á una lucha que no podía ser más que una carnicería. Los ungidos del Señor no dejaron de profetizar la victoria de los que combatían por su causa: Dios, decían, hará milagros en favor de los defensores de la libertad. Esos

(1) ZSCHOKKE, *Der Aufruhr von Stans* (Ausgewählte historische Schriften, t. II, p. 30-32).

(2) ZSCHOKKE, *Geschichte vom Kampf der Berghantone* (Ausgewählte historische Schriften, t. III, p. 69).

indignos ministros de un Dios de paz creían tan poco en sus milagros, que fueron los primeros en huir; hubo de entre ellos quienes á la cobardía unieron la traición (1).

Había en la resistencia que los Suizos opusieron á las intrigas y á las armas del Directorio otro elemento además del de la dominación clerical, pues que la primera oposición vino de Berna, cantón protestante. La aristocracia daba la mano á la Iglesia, aunque la aristocracia fuese protestante y que la Iglesia fuese católica. Eran los enemigos jurados de toda libertad los que invocaban la libertad contra la república francesa. Si el Directorio hubiese tenido un justo motivo de guerra contra la oligarquía suiza, la historia debería aplaudir la caída de un régimen que pisoteaba los derechos de los individuos así como también los derechos de las poblaciones avasalladas. Pero la república francesa intervino sin derecho, y se debe censurar este abuso de la fuerza. Añadamos que el bien salió del mal. Las violencias del Directorio fueron el primer paso hacia la regeneración de un pueblo que, sin la Revolución francesa, hubiera continuado vegetando miserablemente bajo el yugo de la aristocracia y del clero. Es un beneficio que la Suiza debe á la Providencia, es cierto, mucho más que á los hombres; el Directorio buscaba el interés de la Francia y no el de sus vecinos. Felizmente que Dios vigila para que los designios egoístas de los hombres cooperen al bien general.

Se celebró un tratado entre la nueva república helvética y el Directorio. No estipulaba, como los tratados italianos y holandeses, que la Suiza tomaría á sueldo tropas francesas; era al contrario: la Suiza debía suministrar tropas á la Francia. No estipulaba que la Francia pondría guarniciones en las fortalezas suizas; la Suiza no tiene más fortalezas que sus montañas. Sin embargo, desde el año 1799, la república helvética pidió la revisión del tratado: se quejaba "que había sido impuesto con amenazas y aceptado como la ley de la fuerza y de la necesidad"; se quejaba "que su independencia no era más que irrisoria." El pueblo decía "que el gobierno suizo era una agencia del gobierno francés." Eran los generales y los comisarios del Directorio los que ordenaban; la Suiza ejecutaba sus órdenes; y cuando el gobierno se negaba, los

(1) ZSCHOKKE, *Historische Schriften*, t. III, p. 98; t. II, páginas 99, 100.

jefes del ejército francés recurrían á la violencia (1).

No creemos justificar los excesos del Directorio; pero es cierto que la dependencia de la Suiza estaba en la fuerza de las cosas. La guerra entre la república francesa y la Europa monárquica era permanente; lucha de principios que no podía terminar más que por el triunfo ó la derrota de la libertad. En este estado de cosas, la Francia necesitaba la amistad de la Suiza; ahora bien, contaba en ella muchos más enemigos que amigos; todos los partidarios del antiguo régimen, curas y nobles, le eran hostiles. ¿Qué le quedaba que hacer á la república? Hacerse dueña del país por grado ó por fuerza. El Directorio es culpable de haber violado la independencia de un pueblo libre; pero hay que añadir que además hay otro culpable en el cual recae la responsabilidad primera. No fué por amor á las revoluciones por lo que el Directorio revolucionó la Suiza: de un enemigo quería hacer un amigo (2). Era una necesidad. ¿Qué hubiera sido de la república en 1799, si la Suiza hubiese estado en poder de la aristocracia y del clero? Los Suizos debían ser los aliados de la Francia; pues bien, en el estado revolucionario en que se encontraba la Europa, en medio de una guerra de principios, los aliados de la Francia venían á ser poco más ó menos sus súbditos. ¿Quién es responsable de este estado de cosas? ¿Fué la Francia quien empezó la lucha sangrienta en que se debatían los destinos de la humanidad? Por las ideas, sí. Pero si esas ideas hubiesen sido abandonadas á sí mismas, si no hubiera habido emigración, ni conspiración de curas y de nobles, ni coalición, no hubiera habido guerra revolucionaria. No es la libertad la culpable, es el despotismo.

§ II.—El general Bonaparte.

N.º 1.—Política italiana de Bonaparte.

I.

Léase en el manifiesto que la Puerta lanzó en 1798 contra la Francia: "Por lo que se ha visto

(1) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. v, p. 266, 270.
(2) Son las palabras del general Brune: "El único deseo del Directorio, dice, es que no haya en las fronteras de la Francia un solo gobierno que le sea hostil; quiere que el gobierno suizo adopte los mismos principios que la república francesa, á fin que las dos naciones sean amigas." (ZSCHOKKE, *Geschichte vom Kampf der schweizerischen Bergkantone, dans le Historische Schriften*, t. II, p. 283).

hasta el presente de los actos arbitrarios é insolentes del Directorio, no tiene más designio que el de perturbar el orden en el globo entero y destruir los vínculos que unen entre sí á todas las naciones. Tan pronto emplea maquinaciones secretas; tan pronto se sirve públicamente del hierro y del fuego y destruye las constituciones de los Estados, como lo ha hecho en Italia. *Por todas partes quiere arrogarse el derecho de regir, según su voluntad, todos los asuntos*, (1).

¿Cómo podía el Directorio, el más débil de los gobiernos, tener la pretensión de dictar leyes á la Europa? Los directores, obligados á cada instante á recurrir á golpes de Estado para mantener la república contra la reacción creciente del realismo, no eran de talla para conquistar al mundo. Pero el momento había llegado en el que la Revolución, después de haber desgarrado la Francia, iba á desbordarse sobre la Europa monárquica con un poder irresistible. Tenía por misión el ser conquistadora, y se halló un hombre predestinado á este papel glorioso. Á Napoleon le gustaba hablar de los destinos que debían realizarse en su persona. Diríase un héroe de la fábula, encarnación de la antigua fatalidad. Marcha á su objeto con una constancia tal que se le creería iniciado en los designios de Dios. El mismo está dominado por el destino, que él invoca. Cuando la más vulgar prudencia le aconseja detenerse, en su interés como en el de la Francia, marcha adelante como si tuviera prisa de correr á su pérdida y de arrastrar á la Francia en su ruina. Esto es que la Revolución no se ha hecho para la Francia; no es un hombre ni un pueblo quien debe aprovecharse de ella, es el mundo civilizado. Era preciso, pues, que la Revolución se difundiese al exterior; Napoleon llenó esta elevada misión.

Generalmente se distinguen dos épocas en su brillante carrera, el consulado y el imperio. Se dice que como general, no desempeñó más que un papel secundario: máquina de guerra incomparable, destruía los ejércitos del Austria en menos tiempo del en que se formaban. Á seguida se ensalza al primer cónsul; preténdese que se apropió lo que había de hermoso y grande en la Revolución, repudiando sus excesos; se puso en las nubes su *gran política* en orden á las relaciones exteriores, y se dijo que había llegado á la *perfección*. Mientras que

(1) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. v, p. 241.

el emperador, arrastrado por su pasión al poder absoluto, se dice que olvidó los principios del 89, y se le acusa de una *ambición á la manera de los conquistadores del Asia* (1); se le critica de haberse perdido á sí mismo y á la Francia por un amor desordenado de la guerra. Creemos que es empequeñecer esa gran figura el hacer aquella división en su vida, como si hubiese sido ángel al principio, después un demonio ó á lo menos un insensato. Hay una admirable unidad en su existencia; el primer cónsul prepara al emperador, y el general presagia ya al dominador del Occidente. Hemos dicho en otra parte que el que hizo el golpe de Estado del 18 brumario no fué jamás un hombre del 89, fué siempre el hombre del poder fuerte. Era una necesidad, puesto que estaba llamado á conducir la gran nación de victoria en victoria por todas las capitales del continente. Como jefe de la república, Napoleon no es el heredero de la Revolución: el primer cónsul empieza la reacción y el emperador la continúa. Pero como jefe armado de la Revolución, Napoleon continúa la obra del 89; destruye la Europa feudal, pisoteándola. El general, el primer cónsul y el emperador son uno solo y mismo personaje, instrumento en las manos de Dios para la regeneración de la humanidad.

Napoleon, general en jefe del ejército de Italia, se halla bajo las órdenes del Directorio. Pero ¿cómo ejecuta las instrucciones que se le envían? No hace ningún caso de ellas. Tiene sus proyectos, que continúa á pesar de los directores: republicarizar la Italia, manteniéndola bajo su influencia. El general se conduce ya como un emperador en su imperio. Conocemos la política del Directorio. Su ambición era completamente francesa; quería consolidar la república, asegurándola los límites del Rin. Si Napoleon hubiese sido hombre á propósito para doblegarse á la voluntad nacional, aún sería hoy república la Francia, y poseería el magnífico territorio que llama sus fronteras naturales. Pero el joven general era de la raza de los reyes, personal y egoísta como ellos. Apenas había batido al ejército austriaco, escribió al Directorio: "Haced una declaración por la que se tomen bajo la protección de la Francia los pueblos de la Lombardia, Módena, Reggio, Bolonia y Ferrara" (2). ¿Es

(1) THIERS, *Historia del consulado y del imperio*, conclusión al fin del t. v de la edición grande en 8.º

(2) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. I, p. 259 (de la edición grande en 8.º de Bruselas).